

# ENCARNACIÓN EZCURRA

La caudilla

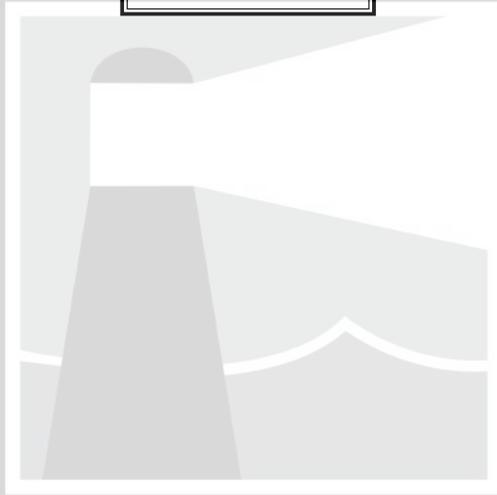
COLECCIÓN  
LOS CAUDILLOS



Cristian Vitale



EX LIBRIS



MAREA  
EDITORIAL

COLECCIÓN

# LOS CAUDILLOS

Dirigida por HERNÁN BRIENZA

*El caudillo supone la democracia,  
es decir que no hay caudillo popular  
sino donde el pueblo es soberano.*

—JUAN BAUTISTA ALBERDI

---

Esta colección intenta poner en valor la historia  
del pueblo americano y de los líderes que lo representaron.  
Son narraciones individuales, pero también colectivas.  
En estas páginas hablan las provincias federales.

Es la historia del país que no pudo ser.

Los autores escuchan y transcriben las voces de los  
derrotados, de los olvidados, de los silenciados.

De los pobres. Cuentan la vida de los caudillos.

Y, por lo tanto, narran el suceder de la malherida  
democracia argentina.

---

Cristian Vitale

# ENCARNACIÓN EZCURRA

La caudilla



Prólogo de Hernán Brienza

MAREA  
EDITORIAL

COLECCIÓN  
LOS CAUDILLOS

Edición: Constanza Brunet  
Coordinación: Víctor Sabanes  
Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez  
Imagen de tapa: Retrato de Encarnación Ezcurra,  
óleo de Fernando García del Molino y Carlos Morel,  
c. 1835-1836, colección privada.

© 2020 Cristian Vitale  
© 2020 Editorial Marea S.R.L.  
Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina  
Tel.: (54 11) 4371-1511  
marea@editorialmarea.com.ar  
www.editorialmarea.com.a

ISBN: 978-987-8303-35-2

Impreso en Argentina – Printed in Argentina  
Depositado de acuerdo con la Ley 11.723.  
Todos los derechos reservados.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra  
por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito  
de la editorial.

Vitale, Cristian

Encarnación Ezcurra : La caudilla / Cristian Vitale. - 1a ed  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2020.  
208 p. ; 21,5 x 14 cm. - (Pasado imperfecto. Serie Caudillos)

ISBN 978-987-8303-35-2

1. Historia Argentina. 2. Participación de la Mujer.  
3. Historia Política. I. Título.  
CDD 982



*A Ludmi y Fabri, vidas mías.  
A Lore, por el aguante y la ayuda cotidiana.  
A la Ofe, por estar siempre.  
A mis queridos hermanos Henri y Fer.  
Y al gordo divino... in memoriam.*

# Prólogo

“**S**I LA HISTORIA LA ESCRIBEN LOS QUE GANAN, ESO QUIERE decir que hay otra historia. La verdadera historia, quien quiera oír que oiga”, cantaba Lito Nebbia, en la película *Evita*, de Eduardo Mignona, a principios de la década de los 80. Corrían tiempos difíciles; la sociedad recién había podido sacarse el lastre de cincuenta años de golpes de Estado, la democracia real daba sus primeros pasos, de la manera en que podía, y la violencia totalitaria de la dictadura militar había dejado un tendal de derrotados y vencidos. Entre esos perjuicios, el relato del pasado había quedado oprimido dentro de una sola “historia”: la oficial, la que se dictaba en las escuelas, en los colegios, por las instituciones liberales conservadoras, herencias de esa “Argentina” que había vencido por las armas, pero que se encontraba en retirada, tras la instauración institucional. La intención del autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” no era otra que extirpar una de las dos Argentinas, es decir, la Argentina peronista.

Los jerarcas de la dictadura militar sabían que para eso había que reconfigurar la primera idea de nación, la organizada por Bartolomé Mitre en la década de 1860. ¿Y qué

“Argentina” debía extirpar el mitrismo, el orden liberal conservador en el siglo XIX? Ya todos lo sabemos, la barbarie federal. Para llevar adelante ese propósito, debían vencer militarmente. Pero por sobre todas las cosas debían imponer su hegemonía cultural; y eso se lograba escribiendo el pasado, borrando, extirpando de los acontecimientos el furgón de los derrotados. Los vencedores de Pavón, los organizadores de la Argentina, entre ellos Mitre, padre de la historia oficial, tenían muy en claro que la historia la escriben los que ganan y que, además, la historia la ganan los que escriben.

Este libro, justamente, intenta rescatar de lo más profundo del olvido a una persona que el pueblo amó, que siguió hasta su muerte y la acompañó más allá. Dice el poeta Raúl González Tuñón sobre las exequias de Carlos Gardel: “Las gentes, como un denso e incontenible río, siguieron la carroza por las rutas queridas. El pueblo lo lloraba, y cuando el pueblo llora, que nadie diga nada, porque está todo dicho”. Pocas veces, una multitud acompaña a un muerto querido. En la historia argentina, en contadas ocasiones: Manuel Dorrego, Hipólito Yrigoyen, Evita, Juan Domingo Perón, más recientemente Néstor Kirchner. Encarnación Ezcurra, la empoderada mujer del Restaurador Juan Manuel de Rosas, fue una de ellas. Sin embargo, hoy, es poco más que un nombre que trae su música desde otros siglos. Y esta nueva biografía viene a otorgarle letra, a escribirle a esa mujer, a otra “esa mujer”, una nueva versión de su historia.

Ya lo hemos dicho. La historia la ganan los que escriben. Por eso los pobres, los indios, las mujeres, los federales e incluso los peronistas han sido durante siglo y medio los extranjeros de la historia argentina. Los bárbaros. Encarnación Ezcurra fue, quizás, la más olvidada. Por mujer, por federal, por brava, por acaudillar a los pobres, a los negros,

a los salvajes. Pero también hay algo para pensar en su relación con Juan Manuel de Rosas. La “caudilla” se inventó a sí misma desde el lugar del amor. Encarnación es una mujer poderosa. Pero es poderosa en función de su propia historia como mujer enamorada.

La historia tiene, también, una gran deuda con el amor. Nunca lo narra, nunca lo convoca, no le da existencia. Es como si la historia, el amor, la política, fueran vías paralelas, como si no pudieran cruzarse, entrelazarse, retroalimentarse, incluso. O peor, como si los hombres y mujeres no fueran humanos, no pudieran tener sentimientos, pasiones, arrebatos irracionales. Pero temo que eso sea un síntoma más de cierto conservadurismo de los sectores dominantes argentinos.

Los novelistas románticos franceses fueron los primeros —quizá la sentencia sea refutable— en relacionar amor y política. El paladín romántico se enamora para cambiar el mundo y, en ida y vuelta dialéctico, quiere convertirse en un héroe político para conquistar el amor de su dama. Ese modelo fue tomado de las novelas de caballería —una larga lista que culmina en esa sublime ironía literaria que es *Don Quijote de la Mancha*—, que son el puntapié inicial para este matrimonio que tomó vuelo literario y al mismo tiempo influyó en la historia. Marco Antonio y Cleopatra, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, Ana Bolena y Enrique VIII son algunos de los ejemplos de amores —felices, trágicos, anodinos— que abundan en la historia universal. Y Argentina, pese a la historiografía tradicional, no podía quedarse afuera. Desde la relación entre María Guadalupe Cuenca y el secretario de la Primera Junta Mariano Moreno hasta el matrimonio de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, la política se entrecruzó durante doscientos años con las pasiones amorosas.

El terrible amor entre María Guadalupe Cuenca y el febril secretario de la Primera Junta Mariano Moreno marcó la Revolución de Mayo. Allí están para atestiguarlo las cartas lastimosas de la mujer a su adorado Moreno sobre los presagios y las luctuosas señales que ella recibe cuando su hombre navega rumbo a su muerte. O como ese amor brillante entre Martín Miguel de Güemes y Carmencita Puch, la mujer más bonita de Salta la Linda, la rubiecita de tez blanca, ojos claros y boca escarlata que juraba morir de amor y cumplió su promesa. Y allí estaba Martín en su lecho de muerte, después de haberla colmado de besos, de caricias, de noches de amor, después de haber compartido tres hijos. Escondido, tras el balazo mortal que lo alcanzó en la ingle y que lo obligó a refugiarse en el monte, lejos de su amada. Y debajo de su poncho colorado, el caudillo, el hombre que San Martín había elegido para frenarle el paso a los godos, dijo antes de morir: “Pobre mi Carmen, no tardará en seguirme... Morirá de mi muerte, así como vivió de mi vida”. Luego selló sus labios y entró en agonía. El crepúsculo del 17 de junio de 1821 se llevaba los colores para Martín, que no había cumplido siquiera 36 años. Carmen, su enamorada, su mujer y su guía, le hizo caso: apenas 10 meses después, el 3 de abril de 1822, a los 24 años, se apagó misteriosamente.

Y por allí se escabullen entre las sábanas, también, José de San Martín y su tímida Remedios de Escalada, o con Rosa Campuzano, la fervorosa militante libertadora que se entregó al general en su cama limeña. Manuel Padilla y Juana Azurduy, que perdieron a sus hijos mientras huían de una derrota asestada por los realistas en el Alto Perú. Y el modosito de Belgrano, que hizo de las suyas en plena campaña militar con María Josefa Ezcurra, hermana de la durísima Encarnación y cuñada de Don Juan Manuel de Rosas, y, luego, en el Ejército

del Norte enloqueció a María Dolores Helguero y Liendo, de quien fue amante incluso luego de que ella contrajera matrimonio con otro hombre. Y, claro, también Simón Bolívar y Manuela Sanz.

Es que se sabe: el amor revoluciona y las revoluciones enamoran.

Pero la guerra civil también tuvo un gran romance: el de la Delfina y el Francisco “Pancho Ramírez”, el Supremo Entrerriano. Ambos guerreaban juntos en las montoneras artiguistas contra el poder porteño, él comandando a los federales y ella vestida de militar a su lado. Hasta que ella cayó prisionera y cuando él fue a rescatarla cayó fulminado de un balazo en el pecho que le propinaron las tropas enemigas del santafesino Estanislao López.

Pero si de amores políticos se trata, y por eso la existencia de este original libro de Vitale, el siglo XIX estuvo marcado por la sólida relación matrimonial entre Juan Manuel de Rosas y su esposa Encarnación Ezcurra. Cerebro y máquina política, la mujer fuerte de la Confederación Argentina se encargó de regir a la poderosa Sociedad Restauradora, conocida como la Mazorca, ese cuerpo pretoriano de máxima seguridad que le hacía los trabajos sucios al Restaurador de las Leyes. Encarnación murió joven, a los 43 años, y sus exequias fueron acompañadas por una multitud, en lo que significó un acto político que demostró el poderío y el carisma que tenía la mujer de Rosas.

Respecto del matrimonio Rosas-Ezcurra, muchos historiadores y escritores lo relacionan directamente con la otra gran historia de amor de la historia argentina que es, claro, el romance de Juan Domingo Perón y Eva Duarte, sociedad que significó un vendaval político que dividió el siglo XX. Presentados en el Luna Park en enero de 1944, se convirtieron

en el símbolo máximo de la mixtura entre amor y política: Perón presidente y Evita en la Fundación realizaron la transformación social y económica más profunda de los últimos 150 años. Pero al mismo tiempo, la relación entre ellos marcó un quiebre en la moral conservadora de los argentinos: la irrupción de Evita significó el inicio real del camino moderno de la mujer hacia la igualdad con el hombre.

Pero, además, marcó una forma de hacer política para los peronistas: la política no se hace solo, se hace en pareja, con la compañera al lado. El propio Perón, incluso, va a insistir en la fórmula en su regreso al país, en 1973, cuando en las elecciones de septiembre se imponga el binomio electoral Perón-Isabel Perón, cosa que no había logrado ni siquiera la propia Evita.

El siglo XXI, también tuvo su historia de amor y poder de la mano del peronismo, o si se quiere de la línea nacional y popular. El matrimonio Kirchner, Néstor y Cristina, formaron una sociedad política y personal tan fructífera que gobernaron Argentina durante doce años, el período más largo de la historia después de los diecisiete años de Rosas al frente de la Confederación Argentina.

Con escritura liviana, con levedad e ironía, sin solemnidades vanas, Vitale nos entrega en este libro un perfil sugerente, divertido y al mismo tiempo profundo de Encarnación. Su fervor patriótico, su preocupación por las cuestiones públicas, su forma arrebatada de ver la política y el amor, la devoción que tenía por Juan Manuel, el rubio Restaurador de las Leyes. Desobediente, apasionada, por momentos implacable, el libro relata las andanzas de la mujer más poderosa del siglo XIX, aquella que desafió todos los mandatos, los de su familia —en un principio realista— para casarse con el hombre elegido; los de la política, para actuar

como una mujer de poder—rompiendo los mínimos márgenes del espacio público—, e incluso los de su marido, el poderoso gobernador de la Confederación Argentina, para formar la organización más fuerte y temible de los años federales, la Sociedad Popular Restauradora, la célebre “Mazorca”, integrada por los militantes “apostólicos”, devotos de Rosas.

A través de las cartas de la “Heroína de la Federación”, como la llamaban sus seguidores, el autor reconstruye la vida, el pensamiento y el accionar político de Encarnación. “Compañera y amiga”, como a ella le gustaba llamarse, fue la defensora más fiel que tuvo Rosas hasta que murió prematuramente. Y allí también encontramos un nuevo signo de la historia argentina, surcada por los amores nacionales y populares. Encarnación murió mientras Rosas gobernaba, Evita mientras lo hacía Perón, Perón dejó como sucesora a Isabel y Néstor falleció cuando Cristina era presidenta. Amores políticos, románticos y trágicos al mismo tiempo. Y la muerte estuvo allí para oscurecer lo que podía ser una compañía luminosa.

Pero más allá de la lista de romances históricos, hay algo que caracteriza a esta lista: no se trata solo de relatos de amor del pasado, sino de amores políticos, de amores con vocación de poder. Por lo tanto, una primera conclusión podría ser que el amor solo está prohibido cuando desafía al *statu quo*. Pero hay algo más que sobresale en estos doscientos años desde la Revolución de Mayo: las mujeres empoderadas siempre han pertenecido a lo que se conoce como la línea nacional y popular: Encarnación, Evita, Cristina, como si la suerte de las mujeres estuviera signada por la emergencia de lo alternativo, como desafío a lo dominante. Los hombres y mujeres de la línea nacional suelen acompañarse, hacer pareja, jugar de a dos en el compromiso político de su tiempo. Una

respuesta sencilla consiste en pensar que las mujeres, en tanto sector postergado de la sociedad, parecen sentirse contenidas y representadas en las luchas de los sectores populares o subordinados. Es razonable. También se puede ensayar otra respuesta: que en realidad los principios del romanticismo político decimonónico hayan quedado anclados en el imaginario del pensamiento nacional y popular, que el desborde pasional, que lo no racional, que lo amoroso sean constitutivos de ese ideario. Puede resultar una cursilería, es cierto. Pero la cursilería también es una de las tantas formas de representación y de goce de los pueblos.

Una última cuestión más resulta curiosa: no hay una sola mujer de un líder liberal conservador que haya tenido una actuación memorable en política. Las cuatro mujeres más importantes de la historia, agregó aquí a Isabel Perón, han militado en el campo contra-hegemónico. La razón puede encontrarse en que, quizá, sólo en la aventura, lo contestatario, lo subversivo, fuera posible la participación de las mujeres. Hoy, eso, por suerte, está cambiando. Incluso, en la derecha liberal hay mujeres jugando en política. Aun ninguneada por la historia, Encarnación Ezcurra ayudó para que ese cambio necesario saliera del espacio de la utopía.

HERNÁN BRIENZA

# Introducción

¿POR QUÉ ENCARNACIÓN EZCURRA? ES CLARO QUE SU VIDA Y obra permanecen en el ostracismo. Al menos, lo que se ha revisado de ella no condice con lo que realmente representó como mujer clave, como “la” mujer del siglo XIX. Pesa que haya quedado del lado oscuro de la grieta, del tajo lacerante que hundió Sarmiento en la sociedad argentina cuando estampó en el imaginario la antinomia civilización-barbarie. La historia liberal u oficial, que no es lo mismo, pero es igual, tuvo allí un motivo de sobra para no posarse en ella. Para ningunear su trascendencia. Para evitarla. Pero tampoco lo hicieron otras corrientes historiográficas. No lo hizo el primer revisionismo, el de viejo cuño, porque su objetivo central era deconstruir al Juan Manuel de Rosas duro, disciplinado, garante del orden. Y en ese devenir, ella cumplía para aquellos historiadores (con algunas excepciones rescatadas en este libro), un papel funcional, subordinado al caudillo.

No lo hizo aquel revisionismo, porque precisamente la historia la hacían los hombres y era desde ahí, desde ese naturalizado patriarcalismo de época, desde donde había

que empezar a contarla. Tampoco lo hizo el revisionismo posterior, el nacional y popular que plegó al peronismo al Rosas popular (amigo de gauchos, indios y negros) y a la clase trabajadora. En su cosmovisión “la” mujer por antonomasia fue clara y previsiblemente Eva Perón. Tampoco lo hicieron las corrientes historiográficas marxistas o liberales, tanto en su vertiente conservadora como progresista porque, claro, Encarnación encarnaba para ambas la mujer de la barbarie. La mujer de las orillas, los negros y el gauchaje en un caso. O la mujer de abuelo y estancias, en otro.

Compleja tarea entonces, ante tal estado de la cuestión, resultó abordar la figura de esta mujer en la dimensión que merece, porque fue más —y esto nos propusimos confirmar— que la mujer de Rosas. Mucho más. Y lo fue, sustancialmente, por las paradojas que encerró en sí misma. Fue rica, estanciera y de alta alcurnia, a la vez que militante popular y líder de “orgas” que, como la Sociedad Popular Restauradora o la Mazorca otorgaron —bien, o mal, o más o menos, depende el cristal con que se mire— un lugar protagónico a las clases bajas en la arena política. Fue madre y cristiana, a la vez que confesora de una hermana que había cometido el “pecado” de acostarse y tener un hijo con Manuel Belgrano sin haberse casado con él: la notable María Josefa Ezcurra. Fue fiel defensora de su marido, a la vez que no ahorró palabras duras para pelearlo cuando le parecía necesario. E incluso desautorizarlo.

Por ello, y por varias cuestiones que irán brotando en el devenir de estas páginas, la intención es arrimar el corazón a otra grieta perenne, pero traccionada por el influjo de un impulso vital en estos años de lucha de género: la de los sexos. Porque Encarnación no solo representa la barbarie, con todo lo hermoso que ello implica, sino también una mujer que luchó instintivamente contra el patriarcado decimonónico. Que,

al igual que con el mismo Rosas —como marcan claramente algunas de sus cartas—, no escatimaba palabras para desacreditar la afrenta de cualquier macho que quisiera contradecirla a voz alzada, fuese del bando que fuese.

Que amaba a los de hacha y chuza. Y desde ahí, sin retroceder un paso jamás, luchó por defender los intereses de la Confederación que, en ese contexto en que unitarios y liberales argentinos y uruguayos se aliaban a franceses, brasileños e ingleses para dominar el Río de la Plata, eran los del pueblo argentino. Que, cuando rodeó con una cinta roja el sombrero de su marido, estaba avisando simbólicamente de qué lado había que estar.

Muchos la dijeron y la dicen como la Eva Perón del siglo XIX. No faltan motivos. Al igual que aquella, a excepción de ambas cunas, claro, fue aguerrida cancerbera de su hombre. Fue fiel compañera y amiga, en el lecho y a la distancia. Fue la que alertó al caudillo de las “malas juntas”, sobre todo de los “ricachones”, como llamaba a los federales de casaca, que se acercaban a aquel solo por interés. Fue la que actuó en política, la que se hizo pública en épocas en que la mujer ideal era “el ángel del hogar”. Fue la que bailó en carnavales con los negros y las negras de la ciudad. Fue la madre de Manuelita, otra de las mujeres más sorprendentes del siglo. Fue la que recibió tipos y tipas en su casa, sin importarles en lo más mínimo el color de sus pieles o el sector social del que provenían, y les tendió un pedazo de pan, un vaso de agua, o un colchón donde estar mejor ante la enfermedad.

Fue la que promovió, de hecho, lo que cien años después Evita plasmaría de derecho.

Por eso Encarnación.

CRISTIAN VITALE

## ¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,  
en [www.editorialmarea.com.ar](http://www.editorialmarea.com.ar)  
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y  
recomendaciones este proyecto editorial.



